



Aspecto de la Plaza en 1906



Estatua de don Diego López de Haro



Vista de los pórticos

La Plaza Nueva

Elías Mas Serra

SI la fuente del Perro se puede considerar, con bastante certidumbre, la delicada e interesante imagen del cambio cultural en la arquitectura del país, la Plaza Nueva es probablemente la actuación —de todas aquellas que nos han quedado— más importante, singular y popular, a la vez, del neoclásico bilbaino.

Surgida a la sombra o amparo de algunas de las actuaciones previstas por el Plan Loredó, la Plaza Nueva sería el fruto de un extenso proceso en el que se vieron involucrados los más señeros arquitectos de aquellos tiempos. Este proceso culminó, en la realidad tangible que hoy conocemos.

A la Plaza Nueva, según los autores, se le unen los nombres de Alejo de Miranda, Agustín de Humaran, Silvestre Pérez, Antonio de Goicoechea, Josef Manuel de Menchaca, Antonio Echevarría, Antonio de Armona y, en menor medida, Francisco de Orueta y Avelino Goicoechea, todos ellos singulares profesionales que actuaron en la Villa y Señorío a lo largo del final del siglo XVIII y primera mitad del XIX.

Las ideas y sus autores

La descripción del largo proceso de construcción de la Plaza Nueva ha tenido su tratamiento en diferentes trabajos, de los cuales, por su finalidad y extensión, quisiéramos citar, para orientación del lector, el contenido de la publicación: "Monumentos Nacionales de Euskadi" editada por el Departamento de Cultura del Gobierno vasco (1985) y dirigida por el profesor José Angel Barrio Loza y el texto promovido por la Diputación Foral de Bizkaia (2000): "El Bilbao que pudo ser" cuyas autoras son Nieves Basurto, Paloma Rodríguez Escudero y Jaione Vellilla.

Conviene señalar, como se ha hecho en otras ocasiones, que la Plaza Nueva debe su inicial concepción al plan de edificación del Síndico Personero Laredo (1786), si bien, con anterioridad, ya en 1784, la Villa había encargado al Académico Alejo de Miranda:

"...que se demarcaran los terrenos entre Ascao y Correo para la creación de una plaza, la cual ha de ser con sus arcos en toda la circunferencia, según reglas de Arquitectura, Simetría y buen gusto".

La falta de contestación por el Consejo Real determinó una nueva instancia, con planos debidos a Agustín de Humaran, en 1805 para la ejecución de la nueva plaza



Esta plaza se ha convertido en referente del Casco Viejo. Foto Moreno Esquibel

como alternativa a la vieja junto a San Antón.

La oposición de los propietarios con terrenos en la zona y los difíciles momentos de la invasión francesa aplazaron cualquier intervención en el lugar hasta bien entrado el siglo XIX.

El proyecto de Humaran, en este caso, fue retomado en 1816 y es el primero completo y documentado de la plaza. Era Agustín de Humaran un técnico extraordinario, hábil y preocupado que atendió, de manera cuidadosa, las condicionantes y preexistencias que la empresa comportaba.

Sin embargo, nuevas dificultades atenuaron los avances de la propuesta hasta que, en 1819, y previa asunción de la iniciativa por la Casa Real y el nombramiento del comisario Luis María de Salazar al efecto, se retomó el proyecto que diseñaría, en este caso, Silvestre Pérez.

El diseño de este Académico se diferenciaba del de Humaran tanto por la introducción de las medias columnas dóricas sobre las pilas-lisas de éste, como por la creación de un entablamento que permitía mejorar las alturas de las

plantas bajas y entreplantas y, con ello, además, las del espacio porticado.

Establecía, así mismo, Silvestre Pérez, un orden monumental, tanto en las alturas de los edificios como en unas mayores dimensiones de la plaza, que prestaba al conjunto una singular calidad edificatoria que no tuvieron, luego,

Sería el fruto de un extenso proceso en el que se vieron involucrados los más señeros arquitectos de aquel tiempo

otras propuestas. Silvestre Pérez firmó sus planos en mayo de 1821.

En 1825 falleció este Arquitecto y fue, a partir de este momento, que la dirección del proceso recaó en Antonio Echevarría.

La materialización de la Plaza Nueva

En cualquier caso, tras la aprobación del proyecto de Silvestre Pérez y algunas vicisitudes más, se puede afirmar que la Plaza Nueva estaba en el camino de su

lenta pero definitiva materialización.

En este terreno, y a pesar de su fallecimiento, entendemos que son perfectamente atribuibles a Silvestre Pérez las características y el diseño de los pórticos de la plaza y el entablamento de los mismos que, así mismo, correspondían a la parte de obra que asu-

mía la iniciativa pública a través de la gestión del propio Ayuntamiento.

El tamaño superficial de la plaza, de todas maneras, encaja, fundamentalmente (aunque no exactamente), con el que había previsto, en su momento, Agustín de Humaran.

Sería, pues, en esta materia propia de los dominios privados (que no en la arquitectura) donde la propuesta de Pérez se vio más alterada. Fue en este ámbito y en el

de las alturas en los que, al final, cambió la percepción del modelo más ilustrado y francés del Académico por una referencia provincial próxima al precedente de la plaza de Vitoria, construida por Olaguibel en 1781. Para más abundar, la inclusión de la Diputación, en 1832, en el conjunto supondría un eco más de la cita alavesa y, en definitiva, una minusvaloración del concepto abstracto, cívico y autónomo que parecía encaminar el proyecto original del fallecido Arquitecto.

En cualquier caso, y siguiendo el hilo argumental, señalaremos que ya, en 1822, Silvestre Pérez introduciría modificaciones en su propio proyecto de acuerdo con una propuesta que transmitiría Antonio de Goicoechea por indicación del propio Ayuntamiento del que era el Maestro Mayor de las Obras.

Dos años más tarde (1824), es decir, poco antes de la muerte de Silvestre Pérez, se volvió a intentar retomar el proyecto de Humaran. Pero, definitivamente, no será hasta 1828, año en que Fernando VII visita la Villa y conoce directamente lo que puede ser el proyecto de la Plaza Nueva, que, ya de la mano de Antonio Echevarría y con aportaciones específicas de Antonio de Armona (1842) y de Avelino de Goicoechea, este espacio público iniciará el camino de su definitiva construcción. La Plaza Nueva pudo darse por terminada en la Navidad de 1851.

Con posterioridad se han sucedido transformaciones en su urbanización o, incluso, en su arquitectura puntual, como en el caso de la inclusión del acceso desde la calle Correo (1939, arquitecto E. Amann).

La plaza, que debía de estar presidida por una estatua ecuestre de Fernando VII en su centro, tuvo, en realidad, otras presencias más afortunadas: un macizo de magnolias (planta, por lo demás, muy querida por los "ilustrados"), un kiosco y al mismísimo Don Diego López de Haro en su largo peregrinaje por los distintos rincones de la Villa.

En los años setenta fue Don Miguel de Unamuno quien, a través de un concurso que se pretendía convocar desde unas bases redactadas por Don Fernando Chueca Goitia, tuvo la libérrima oportunidad de presidir de pie o sentado, según el espíritu abierto de las bases de referencia, el coso cívico de nuestro Casco Histórico. Ni que decir tiene que lo del concurso se quedó en agua de borrajas y en el posterior encumbramiento del insigne bilbaino en el rollo o picota corintia de la plaza de su nombre.